

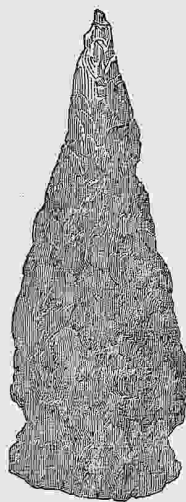
3072-15

ANTIGÜEDADES
PREHISTÓRICAS
DE ANDALUCÍA.

CARTAS SOBRE ALGUNOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS,

POR

D. MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ.



MADRID.—1870.

EST. TIP. DE D. F. LOPEZ VIZCAINO, CAÑOS, 4.



Al Sr D. Federico Semanero San Roman

mi buen amigo

El Autor



ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS.

ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS DE ANDALUCÍA.

CARTAS

SOBRE ALGUNOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ.



MADRID,

IMPRESA DE «EL IMPARCIAL,» PLAZA DE MATUTE, 5.

1870

INTRODUCCION.

Antes de dar á luz las notables *Cartas prehistóricas* con que nuestro querido amigo y colaborador D. Manuel de Góngora viene á prestar interés á las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID, nos ha parecido oportuno decir algunas palabras acerca del nacimiento y desarrollo de esta nueva ciencia, apuntando las nociones elementales que pueden facilitar en cierto modo su comprension, y dar idea, aunque ligera, de su importancia.

La aparicion de la ciencia prehistórica, como todos los grandes desenvolvimientos de ideas, se ha venido preparando lentamente; y mucho ántes de que formulará principios generales y recibiera nombre gráfico, ya pudieron notarse las desviaciones del espíritu de investigacion de los hombres científicos que, abandonando los senderos trillados, habian de dar lugar á su nacimiento.

La historia filosófica y grave, detenida en las fronteras de la fábula, pugnaba por ganar terreno en aquel campo misterioso, personificando los mitos y buscando el origen de los dioses en la glorificación de los héroes.

El estudio de las razas, ensanchando el horizonte de las edades, traia á planos relativamente próximos á las que ocupaban los últimos términos; y en pos de éstas, que entraban en el dominio de la realidad, iban apareciendo otras y otras, vagas y confusas, pero de las que podía presumirse que no eran aún las originarias.

Por este tiempo la geología se empeñaba en el inmenso trabajo de reconstruir los anales del globo, y nos hacia asistir á las espantosas convulsiones y á las titánicas luchas de los elementos que lo forman, hasta decirnos cómo fueron apareciendo y modificándose la Flora y la Fauna primitivas.

Quedaba, sin embargo, por resolver una gran cuestion. ¿En qué momento aparece el hombre? En la duda, y ajustándose á las conclusiones rigurosamente lógicas de su sistema, la ciencia negaba al hombre hasta el punto en que encontrara sus restos.

En medio de los primeros cataclismos, era natural que ni aun los buscase. Pero se producen las plantas y no se encuentra rastro suyo: llega el período de los grandes paquidermos, y tampoco. Se estudian los sedimentos de la trasformacion conocida con el nombre de el diluvio, y á pesar de las mas autorizadas tradiciones, la geología, no encontrando sus huellas, afirma que la raza humana es posterior á aquella gran catástrofe.

La ciencia, separándose en este punto de la tradicion con la cual venia hasta allí como de la mano, no sospechaba que después de un largo rodeo debia encontrarla otra vez en su camino. En efecto, los que estudian al hombre como centro en derredor del cual gira todo lo creado, como punto culminante con el que se relaciona cuanto existe, presienten su aparicion contemporánea de las razas de animales que han desaparecido, y creen ver sus huellas en los objetos de piedra toscamente labrada que se hallan diseminados por diferentes puntos del globo. No obstante, estos objetos se encontraban casi siempre en la superficie de la tierra ó en capas que no probaban terminantemente su remota antigüedad. Al cabo se descubren algunos pedazos de sílex simétricamente cortados en terrenos aún no removidos y en yacimientos geológicos que prueban la existencia del hombre coetáneo de los fósiles.

¿Pero debía caer al suelo todo un magnífico sistema por un pedazo de piedra, con un corte ó una depresion, al parecer obra de la industria humana? La generalidad se encoje de hombros ante aquella prueba, mientras los ménos, concediéndola alguna más importancia, tratan de explicar de otro modo el hecho. Mas habia llegado el momento de la revelacion completa, y por último aparece el hombre fósil. Boucher de Perthes, el infatigable sostenedor de esta teoría, el patriarca de la ciencia prehistórica, somete al exámen del mundo científico la famosísima mandíbula humana de las canteras de Moulin Quignon.

La prueba es decisiva, y los refractarios sólo pueden poner en duda la autenticidad del objeto que la constituye. Acerca de este punto de la cuestion se traba una reñida contienda entre los sabios que da origen á la especie de proceso científico que se resuelve por medio de una reunion de eminencias en diversos ramos del saber humano presididas por el célebre Milne Edwards. Y en este punto se tocan las ventajas de los estudios y los sistemas, fundados en la observacion de datos y hechos positivos. Acaso por la primera vez resulta un acuerdo general entre distintas y encontradas opiniones que no pueden resistir á la evidencia al examinar un hecho concluyente sobre el terreno en que se ha producido.

A partir de este momento, los apóstoles de la nueva ciencia se diseminan por diversos países y comienzan á hacer prosélitos. Ya se fija la atencion en ella, se habla, se escribe y se estudia, viniendo á coronar estos esfuerzos, sancionando sus principios, el descubrimiento de las ciudades lacustres de Suiza, donde bajo las aguas de los lagos se encuentran restos de habitaciones, útiles, armas y objetos que prueban la existencia del hombre en cierto grado de civilizacion en una época que los cálculos geológicos no vacilan en remontar á cinco ó seis mil años de distancia de la nuestra. Semejantes ó parecidos descubrimientos coinciden con estos, ó los siguen muy de cerca en Italia, Alemania, Francia, Escocia é Irlanda, y animados con sus triunfos los propagadores de la idea, celebran congresos, dan nombre de *ciencia prehistórica* á aquel nuevo linage de estudios, y sientan los principios generales, dividiendo la época primitiva en cuatro grandes períodos.

Megalítico ó de la piedra tallada.

Neolítico ó de la piedra pulimentada.

Del bronce.

Del hierro.

Refiriéndose á ellos, segun de su estructura, su materia ó su perfeccion se desprende, clasifican los diversos útiles y objetos encontrados, ya en las cavernas habitadas por las primitivas razas, ya en los bancos formados por acumulaciones de diferentes despojos, en el fondo de los lagos ó en terrenos que, movimientos sucesivos han contribuido á cambiar de posicion respecto á la superficie.

La geología, la antropología y la arqueología, reuniendo así sus fuerzas, aspiran despues de allegar los datos suficientes, á echar los cimientos de una nueva historia. Como dejamos apuntado, todos los países han contribuido á esta empresa colosal, y el nuestro, aunque uno de los últimos á llevar su parte, no es por cierto el que ménos ha coadyuvado al éxito.

Ya algunas personas ilustradas, que desde el fondo de su gabinete siguen el movimiento científico de Europa, habian hecho algunos estudios aislados; ya un profesor eminente habia llamado la atencion hácia los interesantes problemas que ofrece la antropología, cuando apareció el notable libro del Sr. Góngora, titulado *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* y con la aparicion de este libro España se colocó á una decorosa altura.

En otros países la proteccion de los gobiernos, los esfuerzos de las asociaciones y el generoso é ilustrado apoyo de los particulares, habia permitido hacer estudios serios y dar á luz publicaciones costosas. En España un hombre solo, sin otro impulso que el de su fe en la ciencia, no ha vacilado en sacrificar su modesta fortuna, primero en viajes y exploraciones, y despues en la publicacion de una obra que entre otros méritos tiene el de ser modelo acabado de tipografía y muestra de lo que respecto á libros ilustrados puede hacerse con elementos puramente nacionales.

El Sr. Góngora en este libro aporta nuevos é importantes datos para escribir la historia de las primeras razas que habitaron nuestro suelo; pinta con sencillez, pero con gran verdad y color, los apartados lugares que ha recorrido buscando las casi borradas huellas de los primitivos pobladores de las comarcas andaluzas, y entre otras no ménos ignora las y curiosas, describe la *Cueva de los Murciélagos*, situada cerca de Albuñol, misteriosa y antiquísima necrópolis en la cual tuvieron sepultura más de cincuenta cadáveres pertenecientes á épocas que traspasan el límite conocido de la historia.

El estudio de los cráneos y osamentas recogidos allí, la descripción y clasificación de las armas de piedra, utensilios de madera y hueso, vasijas de barro, restos de vestiduras y objetos de esparto tejido, como gorros, túnicas, bolsas y escudos, al que se reúne el hallazgo de una diadema de oro puro groseramente batido, adornos y ofrendas consistentes en caracolas, colmillos de javalí y cabezas de adormideras, prestan á las páginas del mencionado libro un interés que contribuye á aumentar la reproducción de muestras de una escritura desconocida encontrada en la *Cueva de los Letrados*, y noticias de cavernas, sepulturas, túmulos, dólmenes y recintos sagrados de un período tal vez posterior, pero que se enlazan en cierto modo con ese más oscuro y lejano cuyas sombras trata de disipar la historia. Como era de esperar, el libro del Sr. Góngora ha obtenido la más favorable acogida, y animado con el éxito á proseguir la empresa, nosotros podemos ofrecer á los lectores de LA ILUSTRACION DE MADRID los nuevos trabajos y descubrimientos que han de servir de base á la segunda parte de su obra.

La importancia de estos trabajos en la época presente no tenemos necesidad de encarecerla. Hay en las ciencias períodos de análisis y períodos de síntesis. El que atravesamos pertenece á los primeros. Hasta aquí se ha escrito la historia de una sucesión de individualidades, dioses, reyes y héroes. Hoy se reúnen los datos para escribir la del sér colectivo que se llama humanidad. Sobre el abismo en que se habían hundido esas razas desconocidas, sólo flotaban nombres: la historia, sentada al borde de ese oscuro abismo, tejía de fábulas maravillosas sus narraciones, con la proverbial seguridad del mentir de las estrellas. Pero del seno de las sombras ha comenzado á surgir la luz. Nínive y Babilonia sacan la cabeza de entre las arenas del desierto; los pueblos aborígenes salen de las cavernas, se alzan del fondo de los lagos ó abandonan sus túmulos: primero hemos interrogado sus cráneos, que no tienen lengua para contestarnos; más tarde hemos encontrado respuesta á nuestra curiosidad en los enhiestos peñones que ostentan rastros de una escritura indescifrable como un enigma, pero que algún día encontrarán su Champollion, como los glogíficos de Menfis. Entre tanto, los mantenedores de añejas teorías, los que se complacen en poblar de sueños los últimos confines de la historia, en la seguridad de no ser desmentidos, pueden decir, en presencia de los hechos que vienen á derribar sus artificiosos sistemas, lo que Macbet ante el espectro de Banquo:

«Antiguamente un muerto metido debajo de la tierra se estaba allí tranquilo. Hoy se rompen todas las leyes de la naturaleza para que salgan á atormentar á los que viven.»

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

CARTA PRIMERA.

Sres. D. Aureliano Fernandez-Guerra, D. Eduardo Saavedra y D. José Moreno Nieto.

Mis muy queridos amigos: Vds., con su dictámen á nuestra Real Academia de la Historia y el excelentísimo Sr. Marqués de Gerona, cuya reciente pérdida lloran las letras españolas, dejando en mi corazon un vacío difícil de llenar, presentaron bondadosamente mis *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía* al mundo literario. La prensa periódica acogió mi libro con cariñosa solicitud; muchos particulares y Excmos. Sres. Arzobispos y Obispos honraron mi obra con su generosa proteccion; el Jurado de la Exposicion Aragonesa premió mi trabajo; la Junta general de la provincia de Alava recomendó la adquisicion de mis *Antigüedades* á sus Ayuntamientos; las Reales Academias de la Lengua, de la Historia, de San Fernando y de Ciencias Morales y Políticas adquirieron crecido número de ejemplares; el Instituto Arqueológico de Roma me felicitó por él, y en sesion pública del de Berlin dióse cuenta honrosa de mi libro.

¿Cómo podia yo prometerme tan grande resultado, que sólo consigno aquí como prueba de mi eterna gratitud?

Pasados los primeros días del *profundísimo terror* que me inspiró éxito tan completo como inesperado, comprendí que la Providencia recompensaba mi ardiente fé y mi inquebrantable constancia en el trabajo; imaginé ver ya publicadas mis *Antigüedades Romanas*, y me entregué con creciente ardor á nuevos proyectos.

La fortuna, deidad para mí siempre risueña en materia de hallazgos arqueológicos, me colmó de todos sus favores.

Nuevos encuentros vinieron á halagarme. Dólmenes, piedras movibles, menhires, recintos sagrados, osamentas, armas y utensilios, telas, variedades de cerámica, inscripciones desconocidas: un segundo tomo completo de *Antigüedades Prehistóricas*.

Entónces volví los ojos á mi libro ya publicado, buscando en él los medios de dar á luz el inédito: hermano generoso que iba á favorecer á su hermano próximo á ver la luz.

El Gobierno—me decia yo alguna vez—dirigirá su atencion hácia estos estudios y tenderá su mano al particular próximo á desaparecer entre el torbellino de sus locuras arqueológicas.

Entónces, y hasta que esto suceda, renunciando por ahora á la publicacion del segundo tomo de mis *Antigüedades Prehistóricas*, decidí dar sumarias noticias en los periódicos acerca de mis novísimos descubrimientos por medio de artículos sueltos.

Sin detenerme más, tomo, pues, la pluma y escribo á Vds. esta primera carta sobre mis últimos hallazgos, desencuadrando las hojas de mi proyectado libro, tal vez condenado á no ver jamas la pública luz. En ella trataré de algunos nuevos descubrimientos en la *Cueva de los Murciélagos*, ó más bien de uno solo que se refiere á un punto importantísimo, á la escritura; porque ya poseemos algunos caracteres trazados por la ruda mano de aquellos misteriosos aborígenes.

Yo creo con Vds. que estos estudios, hoy en la infancia, exigen gran sobriedad en quien los cultiva. No es la imaginacion dote que falta á los andaluces, ni hay entre nosotros quien deje de formarse una hipótesis más ó menos aventurada ante un objeto desconocido: el sacrificio de la imaginacion y de las hipótesis, cuando no tienen fundamento seguro, es absolutamente necesario, á no querer convertir esta ciencia en un cuento de hadas.

En las últimas exploraciones hechas en la Cueva de los Murciélagos han parecido dos colmillos de javalí, uniformados con gran cuidado por la mano del hombre, con sendos agujeros en sus extremos más gruesos, y una inscripción grabada en hueco, igual en ambos y pintada de carmesí con color que parece mineral. Estos curiosos objetos * fueron recogidos con otros varios por mi buen amigo D. Juan de Rivas Ortiz y hoy enriquecen mi colección. (*Figura 1.^a*)

FIGURA 1.^a

COLMILLOS DE JABALÍ
ENCONTRADOS
EN LA CUEVA DE LOS MURCIÉLAGOS.

¿A qué uso se destinaban estos dos preciosos colmillos?

Yo me atrevo á afirmar que eran dos zarcillos que habian de colgar de las orejas por medio de hilos de esparto, que la acción del tiempo debe haber indudablemente destruido.

Recuerden Vds. el colmillo de javalí labrado (otro tengo, encontrado también recientemente) que ostentaba la mujer de que hablo en mi libro (*Pág. 31*), en el collar de esparto que adornaba su cuello.

A propósito de esta mujer debo decir á Vds. que el brazo sobre que descansaba su cabeza y que yo creía perdido, pertenece hoy también á mi colección de antigüedades, por generoso regalo de mi buen amigo el Sr. D. Patricio Manzucó, vecino de Albuñol: véanlo ustedes fotografiado en la *figura 2.^a*

Es el derecho: la mujer á que perteneció era muy joven: el cúbito y el radio se encuentran casi totalmente descubiertos; la mano conserva sus partes blandas momificadas y sus cuatro últimos dedos, y en semi-flexión las segundas y terceras falanges. La posición de los dedos prueba, como me afirmaron los mineros de Albuñol, que la cabeza de este esqueleto descansaba sobre la mano derecha, así como la izquierda yacía sobre los muslos.

Pero volvamos al principal objeto de esta carta.

Nada tiene de extraño que en la cueva de Albuñol el esqueleto de una mujer ostentara dos pendientes formados con los colmillos del animal, en que las primitivas tribus españolas encontraban su principal alimento y riqueza.

FIGURA 2.^a

DE LA CUEVA
DE LOS MURCIÉLAGOS.

* Los objetos á que me refiero en estas cartas y otros, hasta el número de más de 300, están á disposición de los curiosos en el Museo Arqueológico de Madrid, al que los he donado. Así mis opiniones podrán ser ó no confirmadas por los más entendidos, con entero conocimiento de causa.

En cuanto á si las rayas que adornan la superficie de cada colmillo son casuales ó intencionadas, primera duda que ocurrirá al anticuario que vea este grabado, puedo decir que la inspeccion ocular no me deja á mí ninguna. La seguridad, decision y simetría en los trazos y los puntos, indican que no fueron señalados por un buril indiferente, por más que ese buril fuera afilada astilla de ese cuarzo compacto que nosotros llamamos pedernal y otros llaman *silex*, imitando la copia latina á que obliga á los franceses la pobreza de su lengua. Y si fueran tan sólo rudos ensayos de primitiva greca, cuyos contornos debieran servir de simple ornato á la ebúrnea superficie del colmillo en su parte convexa, que es la más visible, no se comprendería que el otro colmillo ostentase los mismos puntos y trazos, guardando iguales posiciones y distancias, pero simétricamente colocados, como si el uno fuera la reproduccion del otro en un bruñido espejo de hielo. No se comprende tampoco que quien sepa reproducir en simétrica semejanza un dibujo, por pobre que sea, no fuera capaz de hacer un adorno con la regularidad tan naturalmente exigida por la ornamentacion aun más elemental. Así, pues, seguridad en el trazo, reproduccion simétrica del dibujo y regularidad en la combinacion de las líneas, me persuaden que el grabador quiso decir algo en la superficie bruñida del corvo hueso, y quien dice algo con signos, *escribe*. Que esa escritura sea un nombre querido deletreado en sílabas; un símbolo cabalístico que aleje supersticiosas influencias, ó un signo convenido en una familia ó en una tribu, siempre resultará que es el pensamiento fijado en la materia con formas definidas, y que marca una escritura, como no pueden ménos de serlo las que en la Cueva de los Letreros vi el pasado año, las de Fuencaliente, las del monte Horquera y de Zuñeros (*Páginas 58 á la 77 de mi libro*).

Queden los comentarios para quien se atreva á repetir en nuestros peñascos de Sierra-Morena y de la Sierra de María la empresa llevada á cabo en la roca de Bisutum y en los obeliscos de la tierra que hoy prepara nueva alianza de dos mares: por mi parte, contento con la gloria del investigador, dispuesto á recibir sin humillacion el modesto calificativo de *bracero* de la noble ciencia á que dedico mis desvelos, nada quiero decir de analogías que pudiera haber notado entre estas diversas escrituras, y hasta con el carácter que llevan en sus exergos las monedas ibéricas que tanto tarda en explicarnos su Edipo, el Sr. D. Antonio Delgado. Pero no puedo callar algunas reflexiones que el manoseo diario de tanto objeto de este género trae á mi mente trabajada.

Cuantos restos ha suministrado la ya famosa Cueva de los Murciélagos, clasifican la civilizacion de la desconocida tribu de Albuñol con el carácter indudable de neolítica. Pero, aparte de otros vestigios, que si no son comunes á otras tribus y naciones neolíticas (como los trages de esparto y las adormideras), entran sin dificultad en el género de los usos y vida de aquellas gentes, hay aquí dos hechos nuevos que no podrán menos de levantar gran confusion en las nociones hasta hoy recibidas en ese punto. El primero de estos hechos es la aparicion de la escritura, que parece denotar un adelanto tan considerable en la cultura social, que no podria caber en gentes de tan rudo vivir. Sin embargo, los hechos admitidos por la arqueología prehistórica, desvanecen esta objecion. Los pueblos que supieron reproducir en actitud de marcha al mammoth en tablitas de marfil del mismo animal; que simularon la empuñadura de un cuchillo en la forma de un rengifero, y que en un trozo de pizarra dejaron valientemente señalado el terrible perfil del oso de las cavernas, es evidente que no pudieron hacer todo eso y lo demas que no hemos visto, ni acaso veremos, sin estar poseidos de un sentimiento artístico sólidamente arraigado. Si esto se concede, queda consentido lo más y no será difícil conceder lo ménos. En un pueblo artista, siquiera lo sea solo de un modo rudimentario, el adelanto intelectual independiente de la perfeccion de los medios materiales, puede ir tan de prisa como la imaginacion que está en juego, y el que sabe pintar los objetos, sabe con ellos expresar sus pensamientos, y, reducidas las figuras á símbolos, *sabe escribir*. Por esto creo que, despues de descubierto en las edades de piedra el arte del dibujo, el descubrimiento de la escritura es un simple hecho más, que en nada altera el sistema.

El hecho á que ántes me referia y que puede ser de más graves consecuencias, es el de la mano momificada. Yo nada quiero afirmar, pero es posible que eso traiga la Cueva de los Murciélagos á una época más próxima de lo que pudiéramos figurarnos al pronto, si bien debo advertir que esto no contradeciria por cierto las hipótesis que con medrosa cautela avancé al fin de mi libro (*Páginas 116 y siguientes*). Pero, en último caso, ¡querrá decir que los primitivos vecinos de las márgenes del Arroyo de las Angosturas no pertenezcan á la civilizacion neolítica, ó mejor aún, que esta civilizacion no fuera la suya? No, por cierto. La civilizacion neolítica no es una época del mundo, es una época de cada pueblo, y cada país ha tenido su época neolítica en fecha diferente, tanto que en el centro de Europa corresponde al tiempo de los grandes mamíferos cuyas especies se han perdido, y en el Grande Océano hay todavía hordas que no han llegado á ella y estan aún en la

paleolítica. Es como la civilización pagana que terminó en Roma en el siglo iv, en la Escandinavia en el x, en la América en el xvi, y dura todavía en la India. Ofrécese, pues, un vasto campo á los entendidos en este ramo de arqueología para determinar la sucesión comparativa de las diversas edades neolíticas en diversos países, y la solución del problema para la parte meridional de España, es lauro con que invito á mis doctos amigos de las Sociedades científicas de Madrid, ántes que vengan de fuera en busca de ese necesario eslabón de la ciencia prehistórica.

Mas no se crea que doy por sentado que mano conservada sea signo indudable de menor antigüedad: es sólo dificultad que propongo para aguijonear la curiosidad y fomentar el deseo de los más entendidos. Si el fango congelado de los ríos de la Siberia ha conservado frescas las carnes y pieles de los mamuths, que han devorado las fieras y los buitres tantos siglos después de haberlos sorprendido la muerte, ¿cómo podrá extrañarse que en otro clima y en circunstancias especiales haya podido conservarse desecado un miembro, como se encuentran desecados los guanaches centenares de años después de su muerte? Si se considera posible que un canario que no se haya extraído de su envoltura, continúe siglos y siglos sin alteración dentro de ella, no se podrá negar que un ribereño del Estrecho haya podido conservar su mano desde una antigüedad remotísima, para señalarnos con su deforme despojo á dónde deban dirigirse nuestra meditación y nuestro estudio.

Pero ya es tiempo de terminar este escrito, siquiera para no exponerme á penetrar en el fácil cuanto peligroso campo de las conjeturas, que abandono á más *valerosos* ingenios.

Disimúlenme Vds., mis queridos amigos, esta epístola en que por fuerza he tenido que hablar de mí mismo y de mi libro, quedando suyo hasta la siguiente carta, su siempre apasionado y agradecido S. S. Q. B. S. M.,

MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ.

Granada, 19 de Junio de 1869.

CARTA SEGUNDA.

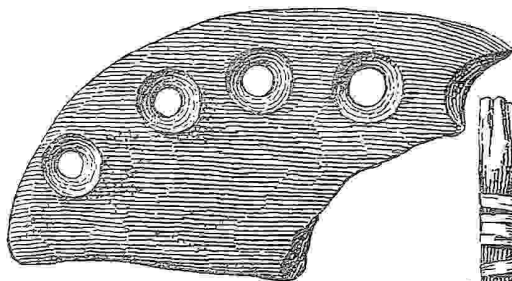
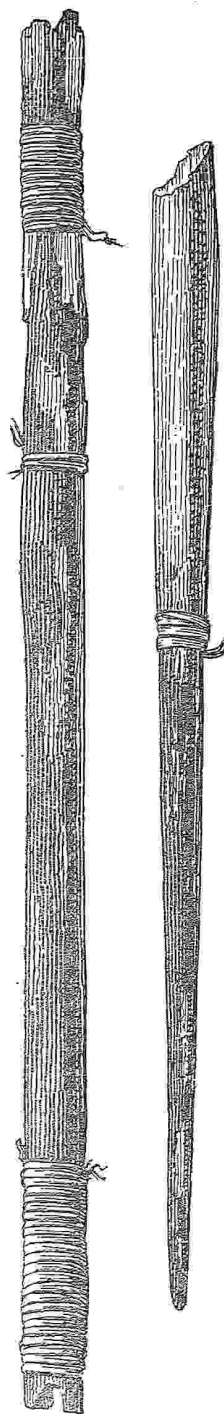
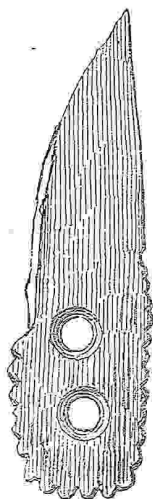
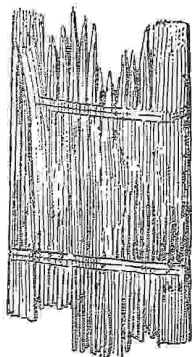
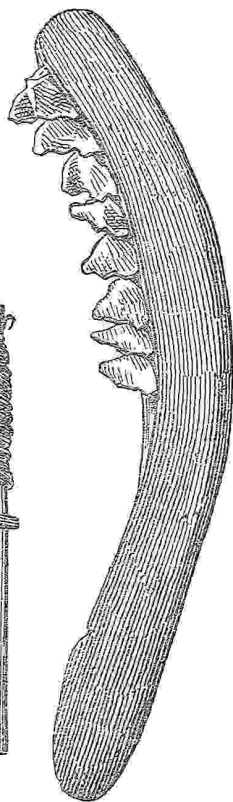
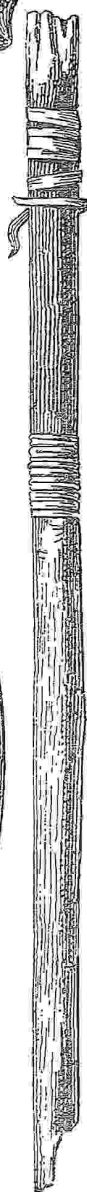
Mis queridos amigos: Las recientes investigaciones en la inagotable Cueva de los Murciélagos han producido el encuentro de una multitud de objetos que guardo con el anhelo que deben ustedes presumir.

El índice sumarisísimo de estos objetos vá á llenar la presente epístola, que será una especie de paréntesis entre las demas.

Enemigo de escribir por metros, partidario de la concision y tenaz é impenitente en mi sistema de evitar digresiones, para dejar á mis lectores la entera libertad de sus juicios, esta carta debe ser necesariamente mucho más árida que las demas.

Entre los objetos recientemente encontrados en la Cueva hay varios calzados, telas y gorros de esparto, unos semejantes y otros distintos de los ya publicados en mi libro; pedazos de cascos ó de escudillas de madera que aún ostentan los cordones de esparto con que se ataban á la barba ó se llevaban pendientes y con agujeros que pudieron sujetar alguna insignia; restos de vasos de barro, varios de ellos con dibujos ó con formas nuevas; multitud de teas que debieron usarse, pues que tienen quemado uno de sus extremos; pedazos de madera, labrados y sin labrar, uno de ellos (*Figura 1.^a*) con agujeros simétricos; el pedazo de una, al parecer, ajorca de piedra; un hueso que pudo ser cuchillo, con dos agujeros y adornos (*Fig. 2.^a*); restos de plantas tuberculosas; huesos de mamíferos y de aves; pedazos de huesos fósiles; armas de piedra; dardos con caña de carrizo, fortificadas sus articulaciones con hojas de gramíneas cortadas longitudinalmente (*Fig. 3.^a*) ó con hilos de ovas ú otras plantas filamentosas (*Fig. 4.^a*), y todo barnizado con betun oscuro. Conservo la afilada punta de madera embetunada, de nueve centímetros de larga, que se introducía en el extremo de los carrizos (*Fig. 5.^a*); el pedazo de otra punta, rota como por su mitad (*Fig. 3.^a*), que mide diez y seis centímetros de larga; el extremo de una flecha, igualmente de carrizo, cortado longitudinalmente (*Fig. 6.^a*) y como para armarlo con una espina de pescado ó con una astilla de hueso sujeta con un esparto, pero sin betun y atado con apresuramiento, sin el cuidadoso arte que los otros de que ántes hemos hecho mencion, como que las unas eran fijas y la otra para renovarse en una cacería ó en un combate. El uso de estas flechas y dardos se concibe perfectamente dadas las cotas de esparto (ANTIGUEDADES PREHISTÓRICAS, Pág. 34): á tal sistema de defensa, tales medios de ataque.

Apropósito de armas y abandonando mi empeño de no hablar sino de lo que he visto con mis propios ojos, daré aquí una noticia, confirmacion de otras anteriores, que debo á mi ya citado amigo, el Sr. D. Patricio Manzuco.

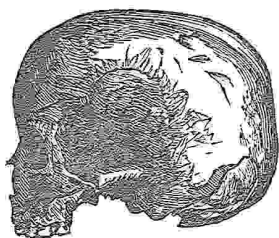
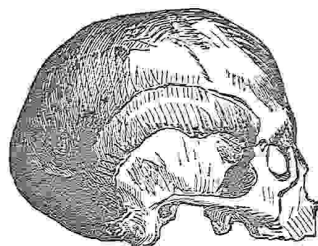
Fig. 1.^a*Fig. 4.^a**Fig. 13.**Fig. 2.^a**Fig. 6.^a**Fig. 7.^a**Fig. 3.^a**Fig. 5.^a*

Cada una de las doce momias que rodeaban á la mujer de que hablo en las páginas 30 y 31 de mi libro, tenia, entre el traje de esparto y en la parte derecha de su cuerpo, una navaja de madera, color de *algarroba brillante*, segun la frase de mi amigo, cuya mitad servia de mango y la otra tenia sujetos en una hendidura, con betun negro, una fila de pedernales en la forma que puede verse en la *Fig. 7.^a* (mitad del tamaño natural), hecha á la vista y con las noticias del Sr. Manzuco.

¡Cuántas ciencias llamadas á concurso en estos descubrimientos! La indumentaria, la cerámica, los usos domésticos, las prácticas funerarias, el arte militar, la fauna y la flora primitivas, la geología, la paleontología!

Y ¿quién sabe si removiendo los peñones que obstruyen el paso de la Cueva de Albuñol, no pareciera la entrada de alguna nueva caverna jamás violada, y en ella cadáveres enteros con sus trajes de esparto y sus armas y sus ofrendas funerarias?

Los últimos felices descubrimientos del Barranco de las Angosturas han producido ademas el hallazgo de dos cráneos; uno de mujer como de diez y seis años que carece de maxilar inferior, y en cuya region lateral izquierda se encuentran grandes porciones del cuero cabelludo momificado y adherido al mismo cráneo. Véanlo ustedes fotografiado (*Fig. 8.^a*), para poder medir en lo posible el ángulo facial de Camper. El otro cráneo está incompleto, y es de hombre como de veinte á veinticinco años (*Fig. 9.^a*).

FIGURA 8.^aFIGURA 9.^a

Y ya que de cráneos hablo, debo decir á Vds. que tambien he hecho descubrimientos en el campo de la Ermita de Santa Cruz, de que hablo en las *Pág. 114* y siguientes de mi ya citado libro.

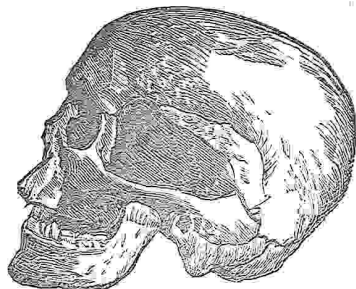
Allí recogí las tres calaveras más notables que encontré.

La primera, es de hombre de unos treinta y cinco años; su superficie exterior está muy maltratada (*Fig. 10*).

FIGURA 10.



FIGURA 11.



La segunda es tambien de hombre como de unos cuarenta años, y es muy notable por su buena conformacion (*Fig. 11*); pero debo advertir que el maxilar que ostenta es de otro cráneo.

La tercera, tambien de hombre, como de sesenta años, tiene sumamente deteriorada la lámina compacta de los huesos que la forman (*Fig. 12*).

El borde alveolar superior, en su region lateral izquierda y molar, se ha borrado totalmente, desapareciendo los alveolos, así como en el lado derecho, en la region correspondiente á los tres primeros molares.

En la mandíbula inferior de este cráneo observáanse, en la parte posterior de la mitad derecha del cuerpo del maxilar y primera porcion de la rama del mismo lado, indubitables rastros de osteitis rarefaciente. Ademas han desaparecido los alveolos de sus tres últimas muelas en la parte correspondiente á este mismo lado derecho (*Fig. 12*).

Descubierto el sepulcro donde yacia este notable cráneo, se encontró el esqueleto, cubierta la mitad superior con una tela de paja, semejante á los tejidos hallados en los restos lacustres de Robenhausen en Suiza, de la cual sólo pude recoger algunos fragmentos, y un gran peine de madera, que ofrezco á Vds. fotografiado en la *Fig. 13*.

Consultado mi amigo y compañero el distinguido catedrático de anatomía de esta Universidad, doctor D. Aureliano Maestre de San Juan, me asegura que todos estos cráneos corresponden á los de los mismos parajes de que me ocupé en mis *Antigüedades Prehistóricas*.

Pero volvamos otra vez á la Cueva de los Murciélagos.

¿Cómo no esperar, en vista de los fósiles de que antes he hablado, que cavando en el subsuelo, no parecerian allí restos de razas anteriores? ¿Cómo no hacer exploraciones análogas en las numerosas cuevas de que hablo en mi libro, en la que hay en término de la Abrucena (Almería), donde había esqueletos humanos con adornos de paja; en la de la Sarna (Serón, Almería), donde se encontraron cadáveres con trajes y sombreros de palma y armas de cobre y de piedra? ¿Cómo no hacer reconocimientos en los Tajos de Cacin, como á una legua al Sur de Arenas del Rey (Alhama, Granada), donde, entre abundante guano, pareció el puchero fotografiado en la *Fig. 14*, cuya forma y cuyo barro es tan análogo á los de la Cueva de los Murciélagos, de Fréila y de Alcudia, que tiene tres asas para suspenderlo, y detenidísimos dibujos hechos á mano, conteniendo un arma de piedra que conservo con el puchero?

Pero el esfuerzo individual no puede llegar á tanto.

En otros países, donde tan alta importancia tiene el espíritu de asociacion, ya se hubiera formado una empresa y allegado los fondos necesarios para dar cumplida cima á este patriótico empeño: el resultado sería indudablemente satisfactorio. ¿Qué valen la ruina de una existencia y de una modesta fortuna como la mia para tamaña empresa? Y sin embargo, yo he obtenido no despreciables resultados. ¡Cuántos y cuán fecundos no los alcanzarían el patriotismo y el esfuerzo de todos! Pero á esta esperanza es dolorosamente preciso renunciar en España, donde se desconoce por completo el espíritu de asociacion científica.

A nuestras Reales Academias tocaba de derecho animar tal empresa; pero estas gloriosas corporaciones se

encuentran hoy, si bien, como siempre, animadas por la ciencia y por el mejor deseo, totalmente faltas de recursos.

Por la índole de nuestro carácter, por costumbre y por deber, al Gobierno corresponde dar vida á esta empresa, procurando medios, ofreciendo premios y recompensas; que no ha de ser condicion, indeclinable y forzosa de la ciencia la ruina de los que, con mejor intencion que buen acuerdo, á ella se consagran en nuestra patria.

En España sobran hombres capaces de realizar este pensamiento; investigadores incansables, anticuarios, historiadores, etnólogos, naturalistas, antropólogos, como Hernandez Sanahuja, Tubino

FIGURA 12.

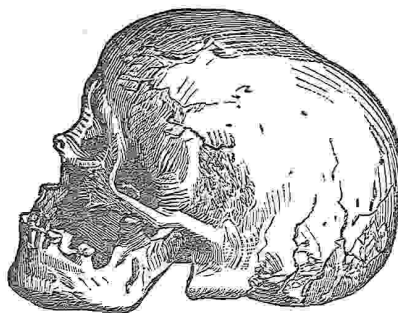
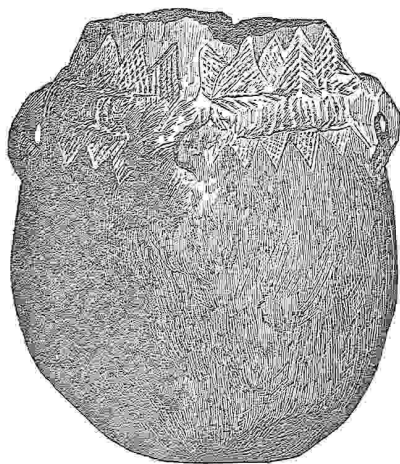


FIGURA 14.



Rada y Delgado, Escudero, Machado, Delgado, Assas, Fulgosio, Gil, Murguía, Maraver y el incansable y sábio catedrático D. Juan Vilanova, con otros ciento que no conozco ó que no recuerdo en este momento.

Ustedes que han sido mis maestros ó mis consejeros generosos, y siempre mis buenos amigos; ustedes, que reuniendo todos la ciencia, representan especialmente, uno la voz autorizada de las Academias extranjeras, el otro la influencia oficial, el otro la autoridad parlamentaria, están obligados, permítanme que se lo diga, á clamar uno y otro día en la prensa y en las Academias, en las regiones oficiales, en el Parlamento, si es preciso, para obtener este resultado.

¿No será criminal y vergonzoso para nosotros, que sean los extranjeros quienes descifren las inscripciones de Albuñol y del Monte Horquera, de Fuencaliente y de la Cueva de los Letreros? Permaneceremos indiferentes ante el movimiento, tan resuelto hoy en todas las naciones de Europa, en pro de los estudios prehistóricos?

Mucho lo temo, hoy que la política es el ídolo único de los españoles, y el centro de todas las esperanzas.

¿No será posible conceder alguna atención á esa modesta variedad del verdadero patriotismo que se llama *amor de la ciencia*?

En la siguiente tercera epístola procuraré no incurrir en los defectos que encontrarán Vds. en esta segunda, hijos legítimos de la aridez de la materia.

De Vds. siempre apasionado amigo, S. S. Q. B. S. M.

MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ.

Granada, 21 de junio de 1869.

